

Sin duda esta plegaria, que brotó del corazón dolorido como brotan entre los espinos punzadores las humildes florecillas, llegó amorosa al Nazareno que la oía, porque Guillerma vió abrirse la faz terrible en una sonrisa de piedad inmensa. Y levantándose del suelo, precipitada, salió al patio solitario.

Tan solitario, que ni su hermano estaba ya en su sitio al pie de la acacia. Al hallarse en la calle, persistía en su mente y en su retina la imagen dolorosa del Nazareno; acompañábala sereno, erguido. Pero sucedió que poco á poco aquella visión terrible fué animándose con un soplo de vida inesperada; las guedejas, la barba, la frente noble, enseñorada, el mirar húmedo..., todo, todo fué cambiando lentamente, sin que ella misma pudiera darse razón del cambio. Sin dejar de ser la faz del Nazareno, se cambió en otra faz noble, rubia, ensoñadora. Y aquel nuevo rostro adquiriría cada vez más realidad corpórea, más precisión de líneas; el mismo cabello rubio se iba dorando y encrespando, los ojos negros parecían clarear azulinos. Acabó por ver ante sí la imagen de Esteban, triste, doliente, llagado.

En este momento entraba en el amplio, en el alto zaguán de la casa de Sagrario.

CAPÍTULO III

Poco tiempo después la Torrecilla entraba en su casa y halló charlando en la sala á sus padres con su hermana Agueda. Desde luego, le pareció una charla triste, impregnada de ese dolor pequeño, difuso, que se esparce callado en la vida cotidiana. En cuanto la vieron aparecer hubo un silencio de reserva discreta; los tres la miraron silenciosos, figadores de su espíritu.

La recién llegada sentóse en una silla con actitud de cansancio, de fatiga abrumadora. La familia de los Torrecillas allí congregada, con excepción del ciego, era un cuadro de tristeza profunda; todos los rostros estaban tristes; la desconsolada, la profunda tristeza de una vida llena de amarguras, de privaciones, de menudos problemas.

Es terrible la tristeza que irradian estas vidas en lucha tenaz con la vida misma, que parece burlarse poniéndoles rostro hurafío, fosco.

Guillerma miró una por una aquellas caras, en las que veía impresa la desolación y la angustia; aquellos rostros no parecía que nunca se hubiesen contraído con una sonrisa, con un leve pliegue de sana, de juvenil alegría; una nube de pesadez plúmbea cerníase sobre aquellas fatigadas cabezas, para las cuales la existencia era un dolor pequeño, pero tenaz, insistente, que, como taladro lento, las iba atormentando hora por hora, minuto por minuto.

Sintióse ella misma compasiva; ella, que sufría acerbidades dolorosas, tuvo piedad para aquellos seres y quiso derramar palabras amantes, frases de aliento. Pero no sabía por dónde dar comienzo; todo lo que se le ocurría parecía inútil cuando no imprudente.

Miró al balcón que tenía frontero, y al hallar recuadrado en él

un paisaje amplio, grandioso, se le llenó el alma de confianza y de firmeza; la majestad de lo que la vista descubría se espejaba con nitidez en su espíritu y le serenaba llenándole de ideas también grandes, amplias y serenas; la dentellada arista del Guadarrama cerrando el horizonte con sus picudas cumbres, llenas de nieve, le sugería ideas puras, pensamientos nobles. El cielo era de un azul profundo, luminoso; el desnudo arbolado comenzaba á matizarse del verdor tenue que precede al lujurioso reverdecer de la primavera; grandes manchones carminosos salpicaban el cuadro impregnándole de tintes brillantes, de rico tono, y el sol caliente encendía con su luz rojiza el aire límpido, de transparencia nacarada. De los cristales afuera todo delataba palpación de vida, el renovado esplendor de la naturaleza; y de cristales adentro una tristeza agobiadora que pesaba sobre las almas como si el mundo no tuviera luz, ni aliento de vitalidad candente.

Llena el alma con aquella visión del campo, Guillermina salió por el registro naturista:

—¡Qué día!

Y su madre, inclinando tristemente la cabeza, respondió con amargura, casi llorosa:

—¡Sí, qué día!

La sencilla frase estremeció á Guillerma; sin duda aquellas palabras destilaban una amargura nueva.

Doña Teresita, levantando los ojos, los fija primero sobre su marido y con acento de mandato duro le dice:

—Habla tú, Trifilo.

Pero Trifilo no habla. Lo que hace es mirar, con mirada también angustiada, á Teresita.

La cual vuelve á levantar sus ojuelos verdosos para clavarlos con agudo ahinco en Agueda, diciéndole:

—¿Y tú, Agueda, por qué no hablas?

Pero Agueda tampoco habla.

Aquellos silencios son más dolorosos que las más dolorosas frases; si hablasen todos, seguramente la atmósfera de tormento se disiparía. Pero callaban mustios, recelosos; diríase que allí

sólo el recuadro del balcón hablaba; su voz era suave, era la voz de una naturaleza serena, hermosa.

—Mírale, mírale—dijo doña Teresita señalando á don Trifilo de la Torrecilla,—mira á tu padre: hoy se ha despedido del último discípulo.

Oír esto y romper don Trifilo en un copioso llanto fué una misma cosa. Lloraba el viejo profesor con la abundancia caudalosa de los niños; y entre el raudal de lágrimas, entre los temblones suspiros que de su pecho manaban, oíasele que decía:

—¡El último, el último!

—Es una ingratitud terrible—clamó con voz violenta la pequeña señora de Torrecilla.

Y luego el viejecito, encorvándose mucho, plegando el flaco torso, decía con resignación candorosa, sincera:

—¡Qué hemos de hacerle! Somos viejos.

—Sí, somos viejos—asintió la esposa con fúnebre tono de letanía lastimera.

Sentíase en aquellas almas una cosa más terrible que la desgracia misma: el abatimiento perezoso, la falta de vigor para la protesta contra las grandes inhumanidades de la vida. Hay resignaciones que, en vez de aplacar, irritan, encrespan el espíritu.

Para Guillermina aquella resignación paterna era de estas. Hirió con su botita las tablas del suelo; dió en él un taconazo recio, púsose en pie y con exaltación y brío pronunció frases ininteligibles, pero que revelaban ardor y denuedo.

Todos la miraron absortos, con ojos lastimeros, y ella volvió á sentarse mirándolos á todos tranquilamente, uno por uno. Su mirada irradió serenidad y mansedumbre, una firmeza incommovible.

Entonces fué doña Teresita la que se levantó de su asiento y, poniéndose delante de la profesora, exclamó con vocecita queda, susurrante, pero abrasada de ira furiosa:

—¿Tú sabes lo que dicen? ¿Tú sabes lo que murmuran?

—¿Lo que murmuran?—preguntó Guillerma levantando los ojos, muy abiertos.

—Sí, sí, lo que dicen, lo que murmuran.

—¿De mí?

—¿Pues de quién?

Guillermina volvióse rápidamente hacia Agueda; vióla acurrucada en un asiento bajo como si tuviese el corpanchón larguirucho recogido en tres pliegues angulosos; tenía los codos flacos sobre las rodillas más flacas todavía; su carátula acaballada hundíase en las palmas de sus manos grandes, de carnosos dedos. Era un ser extraño, y en aquella postura, con los ojos fijos en el espacio, le recordó á su hermana, sin saber por qué, la fauna grotesca de los capiteles románicos. Ello es que comenzó á mirarla en aquel momento con exaltación iracunda, sospechando en aquellas murmuraciones acarrees calumniosos de la trotona; pero al verla quieta, rígida, sin volver siquiera la mirada, le pareció evocación súbita de las figuras de piedra.

—Hable usted, madre, diga, suelte la infamia.

—¿Ya sabes tú que es infamia?

—Yo no sé nada; por eso pregunto.

Y ahora Guillerma miraba fijamente á su madre; tenía ante sí, pequeña, menuda, con su cara aniñada, pero tersa, de color rosado, como siempre la conocimos; sus ojuelos verdes relucían como si fuesen de cristal; querían ser terribles y eran sólo iracundos, pero de iracundia senil, floja, blanda. El peluquín rubio, mal ajustado al cráneo, caía más de lo justo sobre la frente, mermando así una parte del exiguo rostro.

Doña Teresita cruzó las manos sobre el pecho, después se las subió hasta la barbilla, al fin llegó con ellas muy apretadas á la frente, hasta las menudas ondulaciones del peinado postizo, y con ellas allí, siempre ante su hija, prorrumpió con palabras llorosas:

—¡Dios mío, cuánta maldad, cuánta infamia! ¡Antes hubiera querido morirme!

Guillermina de un salto se puso en pie, cogió las manos de su madre, separólas de la frente, y con sacudida violenta, con voz de desgarró, preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

Agueda, sin abandonar su postura, con el rostro casi oculto entre las manos, dejando que la voz seca se filtrase á través de los dedos, dijo gravemente, severamente:

—Que te ven pasear sola con el pintor por caminos extraviados.

Y al decir «por caminos extraviados,» se expresó con lentitud intencionada, con reconcomio sañudo.

Guillermina, como leona en cuya carne clavan una saeta, dijo, poniéndose bravía ante su hermana:

—¿Quién te lo dijo? Y cuando te lo dijeron, ¿tú qué hiciste?

—¿Es verdad ó es mentira?—preguntó Agueda, sin moverse, sin mirar siquiera á su hermana.

—¿Es verdad ó es mentira?—repitió doña Teresita, con voz debilitada por la iracundia.

—Que sea verdad, que sea mentira. ¿Tú qué hiciste? ¿Tú qué respondiste?

—Supe más, mucho más—respondió la trotadora de calles, fría, implacable.

—¡Pues á decirlo, á soltarlo ahora mismo!

—Sí, mujer; ahora mismo.

Pero quedóse callada. Oíase en la salita la palpitación ansiosa de Guillermina, un jadeo profundo, doliente.

Entonces fué la madre misma la que impulsó á Agueda para que lo dijese sin rebozo.

—Dilo, mujer; no tengas miedo. Que se sepa.

—Pues nada, hija—balbuceó Agueda;—que ya sabe todo el mundo que tú le das dinero..., que tú le mantienes.

—¡Pues todos mienten!

—¿Mienten?—preguntó doña Teresita increpando á Guillerma.

—¡Mienten! ¿Es mantenerle darle para comer el día que no ha comido?

—¡Entonces es cierto!—dijo Agueda, destapando el rostro y expresando en él una salvaje alegría. —¿Por qué dices que mentimos?

—¡Porque es mentira y es calumnia todo lo que te han dicho! ¿Que un día no dejé que pereciese de hambre? Pues eso es todo, todo el mal que yo hice. ¡Padre, padre!—clamó, volviéndose hacia don Trifilo que permanecía inmóvil, con la cabeza baja, con el cuerpo arqueado, sacudido por un temblor intenso.—¡Padre! ¿Oyes tú lo que dicen? ¿Por qué no me amparas?, ¿por qué no me defiendes?

El Sr. Torrecilla se levantó de su asiento, púsose en pie temblequeando como caña que se estremece; por un violento esfuerzo enderezó el busto, levantó la cabeza, elevó los brazos á lo alto, cerrando los puños como si amenazase á alguien. Dió un paso vacilante hacia el lugar de la estancia en donde estaban Agueda y Teresita; de su boca salían palabras atropelladas, borbotones de frases, juntamente con espumarajos salivosos. Tiñósele la faz de un verdor lívido, sus ojos giraron apresuradamente en las órbitas blancuzcas... Dió otro paso y tambaleó de tal manera, que á punto estuvo de desplomarse, pero aún halló fuerza para erguirse, y otra vez, con los brazos tremolados y con la faz que de tan lívida azuleaba, volvió á soltar entre dientes, balbuceante, torpe, jirones de frases que no era posible llegar á oirlas de tan espumajosas y tan temblonas como salían.

Fué un espectáculo angustioso. Las tres mujeres quedáronse mirándole, sin atreverse á decir nada; Torrecilla avanzó hacia ellas, apoyándose en los respaldos de las sillas; sus cabellos escasos y lacios caíanle por la frente; la cabeza parecía, de tanto temblar, caerle también sobre los hombros; todo su cuerpo se balanceaba con grotesco balance de beodo. Ya, en vez de frases iracundas, sólo se le oía entre los dientes un rugido bronco; los labios parecían dos rayas negruzcas entre el bigote y la perilla de blancor ceniciento; doblábansele las piernas como si quisiera arrodillarse..., aún intentó dar otro paso; pero soltó la silla en que se apoyaba, tendió muy largos, muy rígidos los brazos, dió un grito agudo, como un hipo inacabable, revolvió los ojos en las cuencas cárdenas, y majestuosamente, pesadamente, su cuerpo cayó á tierra.

Levantóse en torno de él, apenas caído, una ligera nubecilla de polvo, como si quisiera envolverle amorosamente.

Las Torrecillas lanzaron un grito y acudieron las tres á recogerle.

Al darle la vuelta y descubrir el rostro, que había caído rebotando en el suelo, un movimiento de horror estremeció á doña Teresita y sus hijas.

—¡Le mataste!—dijo Agueda mirando con ira á su hermana.

—¡Tú, con tus calumnias!—increpó con fiereza Guillermina.

Y las tres mujeres, arrodilladas delante de aquel cuerpo, estaban lívidas, quietas. Hubo un silencio que parecía inacabable; miraban las tres el rostro acardenalado, violentamente contraído, del infeliz Torrecilla. Parecía que la boca se había desgarrado; veíanla más grande, con los labios duramente apretados y, sin embargo, borbotando entre ellos un hilo de espuma. Tenía los ojos abiertos; mirando vagamente al espacio, como si su mirada penetrase el infinito.

Guillermina cogió aquella cabeza azulada entre sus manos y, sentándose en el suelo, apoyóla en el regazo.

—¡Silencio!—exclamó al cogerla, viendo que su madre y su hermana rompían en llanto desconsolado.—¡Silencio! ¡Vive, vive!

Y era verdad que don Trifilo de la Torrecilla aún alentaba. Una hora después, ya metido el infeliz en su lecho, habiendo venido el médico y habiéndole aplicado enérgicos remedios, comenzó el señor á volver lentamente, con trabajo, como á desgana, á este mundo.

Pero esta mejoría, dijoles el doctor que no daba esperanzas. Si el ataque repetía, era caso perdido; y lo más probable era que repitiese.

En previsión de que así sucediera, Guillermina habló de ir á buscar al ciego. Ni su madre ni su hermana dijeron nada á esto; no querían oponerse á que viniera.

—Que venga, que venga—dijo doña Teresita con dureza;—puede venir á despedir á su padre, á ver cómo ayudó á su muerte. Que venga; al fin es su hijo y no quiero oponerme. Pero en

cuanto esto acabe, ya está de más aquí... ¡Largo, largo! A pedir limosna. Así como así, todos, todos, todos nos iremos á pedir limosna.

Y dijo esto último encarándose con su hija Guillerma, la cual, sin responderle, entraba y salía en el cuarto de su padre.

—Sí; todos iremos á pedir limosna si no queremos morirnos de hambre—decía atribulada la señora de Torrecilla, presintiendo la viudez cercana;—es decir, todos no iremos; tú no lo necesitas, que para eso tu madre pasó una vida de privaciones y sacrificios, escatimando aquí, cicateando allá, para que esta señorita aprendiese el piano y ganase dinero para mantenerse y mantener á otros, sí, señor, á otros.

Sólo la presencia de aquel cuerpo doliente, tendido en la cama humilde, con la cabeza hundida en las almohadas, pudo imponer silencio á Guillermina.

Poco á poco recobró el viejo el uso de la palabra; comenzó por un ceceo gutural y burbujeante como si la naturaleza forcejease por volver á la vida. Notaron que el brazo derecho comenzó á adquirir ligero movimiento; pareció querer accionar con él levantando un poco la flaca mano que sobre la sábana tenía tendida. Pero el brazo izquierdo permaneció rígido, inmóvil, con la mano contraída.

Comenzaron después á oírle palabras sueltas, frases sin concierto; sin duda el buen don Trifilo le daba vueltas y más vueltas al tema predilecto del ambidiestrismo. ¿Presintió en el trastornado juicio que, por ironía de la suerte, si escapaba con vida era, según todas las señas, quedándose manco? ¡Quién sabe lo que en el revuelto caletre de Torrecilla se fraguaba en aquellos momentos!

Ello es que al volver á esta vida dolorosa lo primero que se le ocurrió fué ponderar las ventajas de los ambidiestros. ¡Singular persistencia de una idea en la mente del hombre!

Miró á sus hijas tan atónito y tan estupefacto como si hiciese veinte años que no las hubiese visto. Llamó primeramente, con apagada voz, á Guillerma, la cual acercóse mucho al lecho.

—He sabido que el hombre primitivo manejó la mano izquierda con preferencia á la derecha. Sí, hija mía, lo he sabido.

Esto fué lo primero que se le oyó claramente.

Cualquiera pensara, oyéndole, que aquel señor se había sumido por unas horas en un mundo misterioso para saber á ciencia cierta cuál de ambas manos manejó preferentemente el hombre de las cavernas.

Después de un momento de silencio, como si reflexionase pacientemente, volvió á dirigirse á su hija menor, diciéndole:

—Aquel hombre fué simétrico, completamente simétrico; la asimetría humana es cosa moderna. Si Esteban no lo cree es porque le conviene no creerlo. Sí, hija de mi vida: la civilización trajo consigo la asimetría, la bárbara asimetría, forma de degeneración en la raza humana.

Y tras esta declaración precisa hubo otra pausa; y así, entre pausas tristes y revelaciones profundas, fueron pasando horas. Al cerrar la noche presentóse el ciego, que había sido avisado del grave mal de su padre.

Entró Antolín en el hogar paterno con una serenidad admirable; ni la ocasión, ni las circunstancias le conmovieron; no era, no, el hijo pródigo que se arrodilla humilde en los umbrales. Si hubiese podido mirar, es seguro que hubiera mirado con altanería á todos; de tal manera estaba el ciego convencido de la firmeza de su errabunda existencia. Creyeron las Torrecillas que el no ver aminoraba la impresión terrible, borrando de ella una parte muy dolorosa. Pero antes de meterle en la alcoba en donde su padre estaba, contáronle la verdad del caso y aun le dijeron los pesimistas barruntos del médico, y oyendo estas cosas permaneció Antolín tan imperturbable como si le hablasen de fantásticas leyendas.

Entró al fin en la alcoba del doliente, y era tan augusta la serenidad y la placidez de su rostro, que la escena pareció tomar aire solemne. Padre é hijo frente á frente eran dos figuras llenas de majestad hierática; el viejo Torrecilla veía con turbieza á su hijo, como si le separase de él espacio de muchas leguas, como si entre los dos se levantase una nube de polvo.

Por eso lo primero que dijo don Trifilo á Antolín fué que se acercara.

—Acércate, acércate á mi lecho.

Y al decir esto tendió la mano, quedándose él mismo muy sorprendido de ver cogida entre la suya la de su hijo. No podía pensar que tan cercano le tuviera.

—Ya viniste, ya estás cerca, ya te tengo conmigo.

Lo patético de estas frases fué tanto, que las tres Torrecillas, que á los pies del lecho estaban, rompieron en desconsoladas y abundantes lágrimas.

Antolín, en pie á la vera de su padre, con el rostro pálido, con los ojos yertos, permanecía silencioso.

—Me parece, hijo mío, que esta vida está acabando; se me va, con el último discípulo, el último aliento. Aun tengo una vaga idea de haberme muerto y de volver al mundo para decirte cuatro cosas que se me olvidó decirte antes. Ahora te las diré en un periquete.

Pero, en vez de decirlas, tendió la cabeza, que tenía erguida, sobre la almohada, y sin cerrar los ojos, antes teniéndolos desmesuradamente abiertos, comenzó á respirar con jadeo penoso.

Entonces Antolín, acercando su cabeza á la de su padre, le propuso un reposo que le era muy necesario.

—No me diga nada, padre, nada. Ya sé yo todo lo que usted tiene que decirme. Yo, yo mismo se lo iré diciendo y usted sólo se molesta en contestarme.

Y con la cabeza hizo don Trifilo señas de gustoso asentimiento.

—Mi padre quiere recomendarme que yo vele por el honor de su nombre y por la paz de esta familia.

Don Trifilo levantó un poco la cabeza, todo su rostro se abrió en una mueca de gozo infinito.

Antolín se replicó á sí mismo diciendo solemnemente:

—Lo juro.

Su voz fué imponente al lanzar el juramento. La majestad de la triste escena llegó á alcanzar tonos épicos.

Después de una larga pausa, el ciego volvió á hablar en forma ya de familiar medida, plácidamente, sentándose en el borde de la cama.

—Mi profesión—decía el ciego—me hace libre; el que me quiera, que me siga. Yo no renuncio, yo no abdicó.

—Así, así—dijo con ronco gemido el enfermo.—Tú eres un hombre; tú asciendes serenamente el calvario de esta vida que yo voy á dejar ahora. Sigue, sigue en tu excelso oficio de mendiguez grandiosa y humilde, pero ha de ser á condición de que no tiendas para pedir limosna una mano sola; no, eso no lo hagas; tenderás las dos al mismo tiempo, y si las dos tendidas te cansaran, tiéndelas alternativamente: ahora la derecha, ahora la izquierda... Así, así, de esta manera.

Y el pobre señor levantaba la mano que conservó movable; sin duda él creía manejar también la otra, pero la otra estaba tendida hacia sobre la ropa de la cama.

—No seas asimétrico; responda la simetría de tus extremidades, de la simetría de tu alma. Igual que vemos con los dos ojos y oímos con los dos oídos, hemos de valernos de las dos manos, como también para caminar nos valemos de las dos piernas.

Señales tan manifiestas de desvarío disgustaron á Antolín, que se levantó, y saliendo al gabinete contiguo, llamó á su hermana Guillerma, mientras Teresita y Agueda quedaron al cuidado del doliente.

Antolín coge á su hermana de los brazos, y aplicándole los labios al oído le dice amorosamente, gozosamente:

—Hoy hablé con Esteban; todo es calumnia, cuentos, mentiras. Esteban Aliaga es el hombre más fiel y más noble de este mundo. Serafina es un alma bondadosa, grande, sencilla. Ya lo sabrás todo; no es ocasión ahora.

—Pero ¿y la Sagrario..., la Sagrario?—preguntó la de Torrecilla con ansiedad tan ardorosa que llegó á olvidarse de las tristezas de su padre moribundo.

—Calumnias y más calumnias—repitió Antolín con entereza.

—¿Y si te engañan?

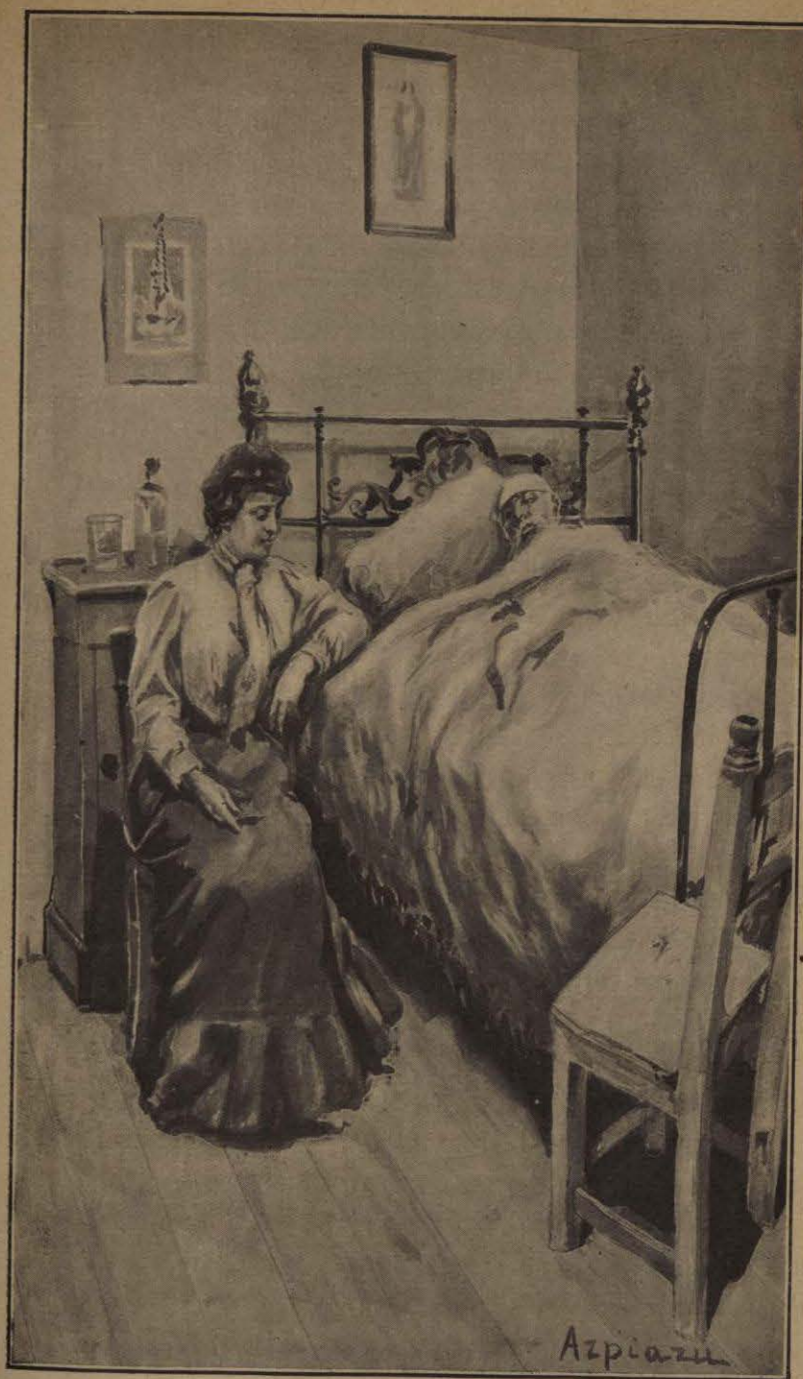
Nada le respondió Antolín; sin duda era ofensiva la pregunta; sin duda pensaba que es muy difícil engañar á un ciego.

Pasó aquella noche en la intranquilidad de la desgracia que se cernía sobre el hogar de las Vistillas, y al día siguiente, muy de mañana, el médico pudo anunciar un pequeño alivio en el enfermo, pero sin dar esperanzas. De todos modos era ya seguro que, si don Trifilo vivía, era ya renunciando en su persona á todo intento de ambidiestrismo práctico. Teóricamente, cuanto quisiera, pero el brazo izquierdo quedábale ya como herramienta inutilizada en la labor de la vida.

Guillermina no salió á sus lecciones, y en cuanto al ciego, trabajo costó retenerle allí durante la mañana, sin que fuese á sentarse al pie de la acacia en el tranquilo patinejo.

Agueda y Guillerma habían dado paz á sus rencores; el presentimiento fúnebre imponíase, tiranizando los espíritus. Reinaba en toda la casa una calma lúgubre, un silencio pesado. El enfermo no requería una asistencia penosa; las horas enteras se las pasaba sumido en un sueño hondo, soporífero. Guillermina, casi siempre sentada á la cabecera, solía sentir también sobre los párpados la pesadez dolorosa de un sueño denso, el sueño que cae tenaz después de una noche de agitación y de insomnio. Pero su somnolencia hallábase á cada momento sacudida, como aguijoneada por ideas punzadoras que se le clavaban en el cerebro atormentándola mucho. Venían después momentos de placidez, en los cuales la niña se adormecía, pero de repente la idea, la candente idea volvía á atormentarla.

—¡Ay, Dios mío! ¿Será verdad que Serafina es una santa digna de ser puesta como figura mística en un retablo? ¿Será verdad lo que dice mi hermano? ¡Ay!, á mí no debiera importarme nada. Ante este espectáculo de la muerte que acecha, todo debiera parecernos ruin, pequeño; pero este amor mío es superior á todo, superior á la muerte, superior á la vida. Yo comprendo que si fuese verdad lo de la Sagrario, si Esteban se casase con ella, yo me volvería una mujer muy mala, llena de crueldad, de idea devoradora de venganza.



Guillermina, casi siempre sentada á la cabecera

Y tras la exaltación vengativa, venía la calma dulce, el hundimiento blando en el sueño. Pero pronto salía de él dando un salto en la silla.

—El caso es que yo debo decírselo, mostrarle mis temores, hacerle ver que estoy celosa... Mañana, mañana, si mi padre mejora, le veo, se lo digo todo, todo.

Su padre tendió hacia ella su mano útil.

—¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Guillerma?

—Soy yo.

—¿Estás tú sola?

—Yo sola.

—¿Dónde está tu madre?, ¿dónde está tu hermano?

—Andan por la casa. ¿Quiere usted que vengan?

—No, no; al contrario. ¡Qué bien estoy contigo! Quiero que tú no me dejes.

—¡Si yo no le dejo!

—¿Te vas á ir de casa? ¿Es verdad que tú también quieres irte?

—No piense usted en eso.

—Y Antolín, ¿salió hoy á pedir limosna?

—Hoy no ha salido.

—Bueno, bueno. ¿Y Esteban, dime, Aliaga, tendrá que pedir limosna? Yo no sé qué me contaron de ti y de Esteban; ahora no hago memoria; con tanto dormir no hago memoria. Mira tú que hace tiempo que estoy durmiendo. Hacía ya mucho tiempo que yo no dormía tanto. ¡Qué bueno es dormir! ¡Qué grande es el sueño! Y tú, ¿no duermes?

—Yo no tengo sueño.

—Pues entonces charlaremos.

—Lo que usted quiera; pero acaso sea mejor dormirnos, reposar tranquilos.

—¿Es verdad que me lo dijeron? ¿Será que lo he soñado?

—¿Qué?

—Eso de Esteban.

—Yo no sé nada.

—¡Ah! Ya lo sé, ya lo he cogido. Agueda fué quien lo dijo.

—No, no. Agueda no dijo nada.

—¿Entonces quién lo dijo? Porque á mí me lo dijeron. ¡No lo creí, no lo creí! ¡Calumnias!

—Cálmese usted, padre. Todo eso es que ha soñado.

—No, hija mía; te aseguro que me lo dijeron. Vive prevenida contra la calumnia que se cuela por todas partes y se filtra venenosa.

Al oír esto, la Torrecilla sintió una angustia que le oprimía el pecho y que llenaba sus ojos de lágrimas; apoyó la frente en la cama y sintió sobre su cabeza la caricia de una mano. Toda la tristeza de su vida parecía agolpársele en la garganta, ahogándola. Quiso reprimir la congoja, pero salió un suspiro que exaltó al enfermo, que le hizo temblar.

Guillermina sintió el rápido temblor, y como si se le hubiese contagiado á ella, tembló también, poniéndose en pie con exaltación y rígido el cuerpo. Cerró duramente los ojos; concentró todo su pensamiento en una idea, en un punto que brillaba como si en medio de la lobreguez nocturna las tinieblas se descorriesen y el sol radiante, claro, luminoso, llenase el mundo.

Toda su alma se llenó de luz; su ser, en un minuto se había transformado en un ser diferente, desconocido, nuevo. Vió con claridad deslumbradora su vida y la halló grande en el sacrificio, hermosa en el martirio. Inconscientemente sus labios se plegaron en una sonrisa de dulzura, en gesto de bondad; acudió á su memoria el recuerdo reciente del Nazareno llagado, doloroso, pero augusto, sereno, fuerte. A la excitación vengativa de un momento antes, sucedió un sentimiento de piedad que parecía llenar el universo. Una nueva vida estaba trazada ante ella... Pues á seguirla sin vacilaciones ni titubeos.

Cuando volvió á hallarse serena y tranquila, vió á su padre sumido en sueño profundo. Salió al gabinete, y hallando en él á su hermano, le llamó á su lado y, sin más preparación ni otras explicaciones, le dijo:

—Antolín: es cosa resuelta; entre Aliaga y yo acabó todo.

Antolín abrió la boca, la faz entera pareció abrirse de sorpresa y de asombro.

—¿Oyes?—volvió á decir la Torrecilla.—¡Entre Esteban y yo acabó todo!

El ciego continuó sin replicar, sin soltar ni una palabra. Estaba en medio de la estancia sin resolverse á dar paso en ningún sentido, sin atreverse á pedir una explicación de lo que oía.

Guillermina acercóse á él.

—Hay en el mundo—le dijo—un amor más grande que el que une dos seres, que el que atrae dos almas.

—¡Guillerma!—exclamó el ciego, comprendiendo por la voz, por la emoción interna, que su hermana hablaba poseída de un sentimiento profundo, fuerte.

—Hay otra cosa: amor de amores. Ya lo verás. Tú, estoy segura de ello, habrás de comprenderme.

Antolín, al oír estas palabras, tuvo un miedo extraño, sintió una impresión desconcertadora. Pero su hermana siguió hablando, sin darle tiempo á pensar en aquellas misteriosas revelaciones que le llenaban de turbación y de espanto.

—Tú verás mi nueva vida; será como la tuya: áspera primero, dura, pero después llena de dulzuras infinitas, de las que no son concedidas á los egoístas, á los miserables de este mundo.

—¿Qué dices? ¿Qué dices?

—Digo que mi amor no es mío; es algo que yo debo á los que pasan á mi lado. ¿Qué es mejor: ser dichosa ó hacer dichosos á los que queremos?

Lentamente habían ido á sentarse los dos hermanos en un rincón del gabinete. Al lado de ellos estaba el piano, antiguo confidente de muchas penas. Doña Teresita había bajado á la farmacia más próxima por unos medicamentos de los dispuestos por el médico, su espíritu de movilidad y de inquietud volandera no pudo por menos de buscar fórmula para saciarse; ya que no fuese posible ir á otras tiendas, se contentaba con la botica. Los dos hermanos oían un leve ronquido, la lenta respiración del Sr. Torrecilla en la alcoba contigua.

—Mi idea es grande, con esa grandeza que tiene siempre el sacrificio verdadero. Hay una raza noble, alta, fuerte: raza de Alia-